Pablo. Un cacique tepehuán de grande reputación entre los suyos, por su valor y nobleza, había comenzado á esparcir rumores sediciosos contra el misionero y los nuevos cristianos Conchos. La providencia del Señor disipó muy en breve aquellos malignos consejos. Sobrevino al indio Turumanda (que este era su nombre) una flucción á la garganta y al pecho, que le cerró enteramente el camino de la voz y aun el de la respiración, que apenas alcanzaba con fatiga.

Era esto á tiempo que él acababa de cerrar los oídos á las proposiciones de paz que por medio de algunos indios amigos suyos le presentaba el padre Font. El azote del Señor lo hizo dócil, y luego enfermo como estaba, partió á verse con el misionero, aceptó la paz que el gobernador mandaba ofrecerle, y prometió hacer entrar en ella á los tarahumaras que no esperaban sino la señal que él les diese para ponerse en campaña, y acabar con los conchos y demás cristianos de aquellas cercanías. En este medio tiempo se vió muy bien la seguridad que trae la buena conciencia y la santa intrepidez de los hombres apostólicos.

Llegó uno de los padres á la estancia de un buen español en ocasión que le tenía muy inquieto la vecindad de unos indios que después de varias muertes se habían declarado públicos salteadores de aquellos campos. Oyendo el Padre de aquel hombre la justa causa de sus temores, sin deliberar un punto, pasó un cuarto de legua más adelante al lugar mismo donde estaban los indios. Les habló al principio con dulzura, y luego con grande libertad y osadía les reprendió sus delitos y la iniquidad en que tenían toda la tierra. Inquirió de cada uno el pueblo á que pertenecía: mandóles, dejar los arcos y aljavas, á que obedecieron con maravillosa docilidad. Entonces el padre, con grande afabilidad y blandura, ¿no sería mejor, les dijo, que en lugar de traer asustados á los vecinos, ayudárais á un pobre hombre á levantar su sementera, que por falta de compañeros se le pierde el campo? A estas palabras corrieron todos con grandísima algazara, y capitaneándolos el padre, fueron á la sementera del buen español, é hicieron lo que les había insinuado el padre, con tanta prontitud y alegría, que el hombre, fuera de sí después de haberles agradecido su trabajo con algunas cosillas de las que ellos usan y aprecian, quedó dando al Señor las gracias de la autoridad que sobre aquellas fieras concedían á sus ministros.

Relación de la vida y apostólicos ministerios del primer apóstol de los tarahumaras.—Muerte gloriosa que tuvo á manos de los Tepehuanes.

El venerable padre Juan Font, á quien yo conocí y traté, dice el P. Ribas, aunque por breve tiempo, pasados años antes de la rebelión de esta nación, de camino para la provincia de Sinaloa, era hombre de virtud. Puedo certificar que en los pocos días que gocé de su religiosa compañía, cobré un concepto grande del celo santo, ardiente, é incansable caridad de éste venerable varón, en orde á buscar y remediar almas perdidas, que habitaban en la sombra de la muerte, y puestos inaccesibles; y que el quererlas recojer y amansar, era como salir á recojer y sacar de sus cuevas á leones y tigres para amansarlos. Eché yo de ver en esta ocasión los grandes trabajos de este apostólico misionero.

Pregunté á un cacique Tepehuán que se halló presente, si sus indios amaban y estimaban mucho al padre Font (era esto mucho antes de su alzamiento, y cuando andaba el padre ocupado en sus reducciones). Respondióme el cacique: Mucho ama nuestra gente al Padre, ahora tiene de hacer una nueva entrada la tierra muy adentro á gente que no se ha bautizado, y pretendemos reducir, y yo he de entrar en su compañía para ayudarle. De estos tales, tuvo el padre algunos en aquellos principios, que después desdijeron; que no es nuevo el malearse y trocarse buenos principios, y deseos en la fe, y la virtud, los que en otro tiempo fueron buenos cristianos. El Apóstol San Pablo estaba haciendo una plática á los Obispos, Presbíteros de Asia, despidiéndose de ellos después de tres años de predicación, acompañada de continuas lágrimas. Y con todo esto, allí les afirmó, que ellos mismos saldrían, y se levantarían hombres perversos, que habrían de turbar y pervertir el rebaño del Señor. **Ego scio, quonian ex vobis ipsis exurgent viri loquents perversa, ut abducant discipulos port se.** Dicho bien digno de comparación y reparo para lo que vamos tratando, y dicho y aseveración de un Apóstol de las gentes, que no paraba en su predicación apostólica, y aunque tenía delante y á sus ojos, aquellos que habían recibido su sagrada doctrina, y visto sus milagros y lágrimas, con todo, algunos de ellos habían de desdecir tanto, que vendrían á ser lobos, como en el mismo lugar los llamó el Apóstol, y que destruirían el rebaño de Cristo, que él con tantos trabajos tenía congregado.

Lo mismo le pasó al padre Juan Font con sus tepehuanes queridos, enseñados y beneficiados; y tanto, que cuando oí decir el destrozo que habían hecho en cuatro Ministros de doctrina que tenían, me admiré de su crueldad, y que no hubieran perdonado á su padre, que por tantos años (además de los grandes trabajos que había pasado) les había hecho tan grandes beneficios, y oficio de amoroso padre. Pero al fin quiso Dios, por quien se habían padecido, premiarlos con la corona del martirio.

El padre Juan Font nació en Tarrasa de Barcelona; entró en la Compañía el año de mil quinientos noventa y tres, á los diez y nueve de edad. Pasó á la Nueva España de la provincia de Aragón, el de mil quinientos noventa y nueve con el padre Maestro Pedro Díaz, Provincial que fué de la nueva España, y luego partió á la misión de Tepehuanes, en la cual sucedió al Padre Gerónimo Ramírez su primer fundador. Hizo su profesión de cuatro votos de la Compañía, año de mil seiscientos cuatro. Los diez y seis, poco más, que vivió en esta Provincia, los empleó en la conversión de los indómitos tepehuanes, de muchos de los cuales fué su primer padre, reengendrándolos en Cristo por el Santo Bautismo. Entró solo, y sin escolta de soldados, y con ánimo intrépido, aunque confiado en Dios, como Ministro suyo, por montes y soledades de tierras de infieles, cincuenta leguas la tierra adentro, donde antes no había llegado otro Ministro Evangélico. Su casa, en estos parajes, era una tiendecilla de jerga que llevaba para decir misa, y en desiertos de gentes intratables, solía gastar los diez meses sin ver á español ninguno. El sustento era muchas veces de granos de maíz tostados; y cuando esto le faltaba, con yerbas del campo. Su bebida era el agua llovediza de charcos rebalsados. Parecíase á los antiguos padres del yermo, á quien era muy semejante, así en el vestido pobre y roto, como en la venerable barba crecida por falta de instrumento y de quien la cortara.

De esta manera volvía á tierra de cristianos, flaco y desemejado, y tal, que causaba lástima verle tan maltratado.

Pero el varón Santo salía alegre y contento de estas entradas, con las presas que quitaba de las garras al demonio, trayendo cada vez mucho número de indios bár-

baros á las aguas del Santo Bautismo. Cuando ya los tenía congregados, por aquerenciarlos más, les enseñaba á labrar sus tierras y casas, dándoles instrumentos hechos de su mano para eso. Y llegó á tales términos su caridad, que algunas veces les araba y enseñaba á arar la tierra de sus sementeras, y buscaba bueyes que darles por obligarles á vivir en cristiandad y política humana; y en cierta manera haciéndolos de fieras, hombres racionales. En enfermedaes curaba á los indios con sus propias manos, guisándoles la comida y con singular amor se la ponía en la boca, como piadosa madre. Con ellos gastaba la limosna que el Rey da para vestido y sustento de los Ministros, pasándose él con la extrema pobreza que habemos referido. Su cama era muchas veces el duro suelo, ó por regalo un cuero de **Cíbolo**, ó una tabla. Y no contento con esa vida de continua penitencia, añadía cilicios, y disciplinas ordinarias y rigurosas. Su humildad fué profunda: y su oración frecuente, así en poblado, como en los campos. El sacrosanto Sacrificio de la misa lo ofrecía con tal preparación y devoción, que no pocas veces enternecía á los que la oían. Finalmente, la caridad de este bendito padre (que es la corona de las demás virtudes) resplandecía en él de suerte que á todos quería meter en sus entrañas de amor; que se echaba muy bien de ver que nacía del que tenía al divino Redentor del mundo, que por estos indios, como por todos, murió. Y no fuera poderoso otro, ni aquí lo había, para solicitar su ánimo á sufrir tantos trabajos, y tan prolongado destierro de tantos años, que parece los podemos comparar con los que padecieron grandes Santos.

Tuvo don para aprender lenguas bárbaras, porque aunque no supo infusas, pero fueron aprendidas con favor divino, y la Tepehuana con tal propiedad y eminencia, que en hablar parecía uno de ellos. Compuso arte y vocabu-

guido en la doctrina de esta nación, han aprendido con facilidad y hecho mucho fruto en las almas. En estos ministerios, juntando las partes de un perfecto anacoreta, á gloria de Dios y honra de su Iglesia, hizo oficio de Apóstol, dándole muchos millares de nuevos hijos; y levantó no pocos templos é Iglesias.

Los indios llevados de su natural inconstancia, sucedía á veces dejar los pueblos y las iglesias que el Padre con tanto trabajo y tan á costa suya en ellos había edificado; diciendo que aquellos puestos no les contentaba. Hubo vez, que una sola parcialidad ó ranchería, hizo que desamparasen cinco pueblos, que les había edificado y congregado. Y en estos casos el humilde Padre, por no contristarlos y hacerles suave la Ley de Dios, condescendía con ellos, no reparando en lo mucho que cada pueblo é Iglesia le había costado. Y con todo, fué su paciencia y perseverancia tan admirable y constante, que vino á congregar y fundar muchos pueblos con los desnudos indios, que con tan inmensos trabajos de entre montes había sacado, y bautizándolos, los hacía vivir en la Ley Santa del Señor.

Andando en estos tan apostólicos ministerios este evangélico Ministro, en carta que escribió, puso el capítulo que yo aquí trasladaré y en que brotó el celo santo, que en su corazón ardía de la salvación de estas almas, que tantas fatigas y sudores le costaban. Estando (dice) en el pueblo de Indehe, acudió tanta gente á verme de seis y siete jornadas la tierra adentro, que me enternecí y sentí tanto el no poderme ir con ellos, como me instaban, que dije en mí mismo: Quién tuviera, sin dependencia de Virreyes, la mano tan larga que sin necesidad de acudir á ellos, pudiera yo entrar como nuestro Padre Francisco Javier, á predicar el Santo Evangelio, aunque fuera con riesgo de mi vida.

En estas breves razones dió

muestras claras del fervor de sus deseos este siervo de Dios, á cuyo conocimiento pretendía traer las naciones más fieras y remotas del mundo. La última que convirtió fué la de indios que llaman del Valle de San Pablo, tan sangrientos en un tiempo, que solo ellos tenían en arma á toda la Provincia vecina de Santa Bárbara; y el Padre los domesticó, convirtió y bautizó. Algunos de ellos, llevados de su natural y bárbara libertad; y lo principal, instigados por Satanás, á guisa de novillos cerreros, no podían llevar á paciencia la vida cristiana, ni mandamientos divinos, y por sacudir de sí el suave yugo de Jesucristo, procuraron quitar varias veces la vida á este su Ministro: y de hecho, dos veces le tuvieron encerrado y sin darle de comer bocado por mucho tiempo, para que muriese de hambre.

Mas como no era llegada su hora, no les dió Nuestro Señor licencia para la ejecución del sacrílego intento. Pero por esta ingratitud nunca dejó el Santo Padre su apostólico empleo. Aunque pudiera salir de tantos peligros y trabajos, siquiera á otras ocupaciones, para las que tenía muy buenos talentos, no lo apeteció, diciendo, que quería más ayudar á aquellos miserables indios desnudos, sin desamparar su puesto, que cuantas cátedras y pompas había en el mundo: pues por esto se había desterrado de España. Y lo cierto es, que aunque este apueblo, en él honró mucho á su pueblo, en él honró mucho á su religión y madre, la Compañía de **Jesús**, y les dejó á sus hermanos grandes ejemplos de virtudes, las cuales se han contado aquí por mayor, no descendiendo á muchas acciones particulares, porque sería nunca acabar el querer referir todas las heroicas que ejercitó.

Fué Superior muchos años de toda la misión de Tepehuanes. Padeció martirio á sus manos, y sucedió en la forma que se dirá después. El amor de Cristo Nuestro Señor sacó de España á lo remoto de las Indias á esta trabajosa empresa á este su fiel siervo; y este mismo amor le puso en el trance de la muerte que padeció. Y aunque esta no la pasó ni pudo más que una vez efectivamente, pero fueron innumerables las veces que en tantos años, y en tales ocasiones y peligros, como en las que se vió ofreciendo su vida á Dios y por la salud de sus prójimos; y esto no en lo retirado, donde no están de prójimo los peligros amenazando, sino cuando los veía á sus ojos, y oía sentencias de muerte contra sí. Y podemos decir del Padre Juan Font que tragó la muerte muchas veces, y se ofreció á ella, como lo significa el capítulo de su carta. Porque como este bendito Padre fué de los primeros que entraron á convertir á esta gente, y cuando esta estaba más cruda en su infidelidad y natural fuerza, le fué forzoso padecer más, y verse en mayores peligros que los demás. Hasta que se llegó la hora dichosa de dar su vida, que tantas veces había ofrecido por Cristo. El Gobernador de la Vizcaya, Don Gaspar de Albear, que se halló presente cuando se recogieron los santos cuerpos, (1) dijo que todos estaban tan enteros, que se podían muy bien conocer, y sin rastro de mal olor, y junto á los del Padre Font, y Gerónimos de Morata, unos papeles de sermones; que con haber estado casi tres meses llovido y nevado sobre ellos, se estaban tan sin señal, como si hubieran estado en una casa guardados; y que unos perrillos que tenían los Padres, de guarda de las cabalgaduras en los despoblados, estuvieron tan asistentes, todo ese tiempo, á los cuerpos difuntos, que cuando lle-

(1) De los PP. Gerónimos de Morarta, Juan del Valle, Luis Alavés de Oajaca y Juan Font, mártires del Zape, donde todavía hoy (1906) se conservan las cruces en el sitio de su martirio, y la memoria de dichos mártires.

garon los españoles, les ladraron, como dando á entender que allí estaban sus amos: y dando á entender que habían tenido más ley con ellos, que aquellos bárbaros con los que eran sus amorosos padres y maestros.

---

o

Relación del martirio del P. Font y de sus compañeros en el Zape.— Encuéntranse los cuerpos de los cuatro Padres, incorruptos

AÑO 1616.

El Capitán Montaño, que había sido despachado por el Gobernador para que explorase la tierra y descubriese al enemigo, llevaba también orden para que fuese á apartar al pueblo del Zape, donde se juntarían para dar una vista al gran destrozo que se decía haber allí pasado. Ejecutólo y llegando á este puesto, hizo justicia al indio y pérfido Antonio, que llevaba preso, mandándolo colgar de un palo, delante de la Iglesia, que los indios habían profanado, y donde habían muerto á los Padres. Halló en este lugar uno de los más tristes espectáculos que se pudieron imaginar, y las señales de crueldades que en él se ejecutaron. Los cuerpos de los benditos Padres Juan del Valle y Luis de Albaz, se hallaron haber sido muertos, como á dos pasos de su casa, y junto á la Iglesia: á los dichosos Padres Juan Font y Gerónimo de Moranta, vieron haber sido muertos á un cuarto de legua del pueblo, cuando iban á la fiesta que se trocó en tragedia, y el uno frente del otro en el camino. Todos ellos estaban bien conocidos, como si los acabaran de matar, y de la misma manera los demás que murieron, los cuales podemos entender que perdieron sus vidas gloriosamente, por ser Católicos Cristianos, y en odio de la Fé Santa que apóstatas herejes perseguían; porque ¿cuál otro motivo pudo enfurecer tanto los ánimos de gente que no perdonó á niños de dos años, que se hallaron muertos y tendidos por el suelo? Más de treinta españoles se habían allí juntado con otra gente de servicio, indios é indias, antiguos cristianos, todos en número de noventa, convocados para celebrar la fiesta de la colocación de una Imagen de Nuestra Señora, de grande devoción, que se había traído de México. Los españoles, traídos de su devoción, habían venido con sus esclavos negros y gente del Real de Guanaceví á preparar el adorno de la fiesta, y estando en la misa entraron los bárbaros y acabaron con ellos, con furor.

Los cuerpos estaban á una tendidos y las bocas en el suelo. Túvose esta por ceremonia de esta nación, ó porque el demonio del ídolo se la enseñó, que se sentía atormentado de las oraciones que rezaban, y de sus bocas salían. La Iglesia y casa de los Padres, abrasadas y robadas; y en otra casa se hallaron quemados treinta indios cristianos, chicos y grandes, donde pensaron guarecerse, no les valió ser indios, para quedar con la vida. El Gobernador Don Gaspar de Albear, lastimado de ver tal estrago, hizo dar sepultura en aquella Iglesia quemada por la fé, á los cuerpos de todos aquellos católicos cristianos, reservando los cuatro de los Padres, que aunque los pedían los vecinos de Guanaceví, por la devoción que les tenían y doctrina que de ellos habían recibido, razón que alegan para tener derecho á ellos. Con todo, el Gobernador, muy devoto de nuestra Compañía, los quiso llevar consigo (como adelante se dirá) para depositarlos en nuestra Iglesia del Colegio de Guadiana, á quien pertenecían. Con su escuadra, y llevando esos benditos cuerpos, quiso dar la vuelta, para tener noticias de todo, por el puesto y pueblo destruído de Santa Catalina.

Aquí hizo buscar el cuerpo del bendito Padre Hernando de Tovar; no le halló sino un cestico con papeles y pedazos de ornamentos sagrados. Despachó á dos Capitanes, Montaño y Hontineros, con algunos soldados, á descubrir y dar alcance á los enemigos, con quienes deseaban encontrar, para despedazarlos, habiendo visto por sus ojos los grandes estragos que habían cometido. Los dos Capitanes toparon algunas cuadrillas, que no los aguardaron, aplazando con arrogancia el verse en Santiago Papazquiaro, aunque allá no parecieron. Pero saliendo de este puesto el Gobernador, una escuadra de los enemigos le salió al encuentro. Venía por Capitán de ella un mestizo, llamado Canelas, hijo de india y español, muy célebre y nombrado en este alzamiento, aunque él se excusaba de haberse quedado en compañía de los tepehuanes, porque si le declarara lo mataran y para entregarlos á ellos en manos de los españoles. Séase lo que se fuere, él venía capitaneando á la escuadra, con la cual tuvo algunas refriegas el Gobernador y su gente, y sin daño propio, mataron algunos de los enemigos, y les quitaron algunos de los arcabuces, despojándolos de caballos y mulas que habían hurtado y con que se pusieron en huída. Hicieron esta fuga por ver muerto entre los demás un indio que mucho estimaban; y este fué el que debajo de falsa y fingida paz, hizo salir de la Iglesia de Papazquiaro á los Padres y españoles, que allí se habían recogido; con que iba Dios castigando y acabando con traidores y principales apóstatas de su Santa Fé. Otro indio se cogió vivo, á quien se dió tormento y declaró, que todo el bagaje de los enemigos y sus mujeres y gente menuda, estaba en un pueblo llamado Tenerapa (lugar fué este donde tenían colocado y estaban al amparo de su falso dios, un ídolo endemoniado y había sido el primer puesto de su adoración, y donde se fraguó el alzamiento). Este pueblo distaba diez leguas; la gente nuestra había caminado aquel día cinco.

Llamó el Gobernador á consejo, por alentarla, aunque todos estaban tan animados, que determinaron caminar de noche, y dar albazo á la madrugada al enemigo, como lo ejecutaron. Salió el Gobernador á la ligera, con cincuenta soldados españoles, llevando consigo al Capitán Gordejuela, que se le había juntado, y sesenta indios amigos, dejando los demás en guarda del bagaje. Llegaron al amanecer á la vista de Tenerapa; divisó á los nuestros un indio que andaba recogiendo la caballada de los enemigos, á quien dió voces que llegaban españoles. Ellos, apresurados, acometieron al pueblo, pusiéronse los contrarios en huída, y con ellos el mestizo Cancha y algunas indias. Pero con todo, en el asalto murieron treinta y fueron presas como doscientas personas tepehuanas, mujeres y niños; y entre ellos se rescataron de su poder dos niñas españolas, que se habían llevado, hijas del Teniente de Papasquiaro, Juan de Castilla, que allí murió. También se sacaron cinco mulatas, que habían guardado con otra alguna gente de la nuestra, que tenían para su servicio, cuando (como pensaban) se quedasen por señores de la tierra, y como falsamente se los había prometido su ídolo. El Gobernador mandó ahorcar algunas viejas de las que habían tenido grande parte en el alzamiento. Porque éstas son las que tienen mucha parte en las acciones y facciones semejantes y tienen mucha autoridad con estas gentes; y de ellas, como de instrumentos, se sirve el demonio para cuanto maquina contra la cristiandad.

Y para que se entienda lo que apuntamos, de que iba castigando Dios y quitando la vida á estos diabólicos instrumentos, dispuso y quiso, que dos de las indias que

se ahorcaron, fuesen las que trajeron los tepehuanes en procesión, y en andas de los Santos, cuando en Santiago Papasquiaro hicieron el destrozo que allí se contó. Cogiéronse aquí de despojos algunos arcabuces, cotas y cueras de los españoles y otras cosas de valor; sacáronse más de ciento cincuenta cabalgaduras, yeguas y mulas, con que se concluyó esta dichosa facción.

Salió el Gobernador de vuelta para donde estaban los enemigos, sin saber lo que había de suceder; habían citado á los españoles para pelear y el Gobernador no los huía, sino los mandaba buscar. Y así, dejando orden á la gente del bagaje, para que le siguiese, partió más á la ligera á dicho puesto de Santiago.

Ejecutaron la orden y llegaron cada uno por su camino, dando gracias á Dios por los beneficios recibidos y por la buena suerte que les había dado. Pero aquí grandemente lastimados por los rastros de maldades y delitos atroces que hallaron de tantos huesos de difuntos, que cruelmente habían muerto en este puesto, como atrás queda dicho; y tan mondos y limpios de carne, como si fueran muertos de muchos años, sin poderse conocer sus personas, dióseles sepultura en la Iglesia quemada. También estaba la casa de los Padres y todo hecho un eriazo y despojado. De aquí, no habiendo parecido los enemigos, partió el Gobernador de vuelta para Guadiana, llevando de presa de gente menuda de mujeres y niños de los enemigos, como doscientas cincuenta personas.

Y lo que él más estimaba, los cuatro cuerpos, que enteros habían hallado de los benditos Padres, muertos en el Zape, por predicar la Fé de Jesucristo. Y aunque murieron por la misma causa, y gloriosamente, los de Santiago Papasquiaro, no los quiso nuestro Señor señalar con esta gracia, como en semejantes casos ha sucedido con otros muchos Santos Mártires suyos, cuyos cuerpos dejó que se abrasasen, habiendo librado á otros de las llamas, sin permitir que los consumiese el fuego. Y de sus Santos confesores, Vírgenes algunos, ha concedido la incorruptibilidad; y á otros, aunque muy Santos, dejó sujetos á la corrupción: de que la razón es, porque la principal y plena gloria se les tiene guardada para el día de la universal resurrección.

La otra es gracia particular, que hace Dios conforme á los fines de su altísima providencia. Y aunque gracia, no consiste en ésta la santidad, ni es necesaria señal de ella. Y así no es de reparo que el Gobernador no hallase señal para conocer y entresacar los huesos y despojos de los dos Padres que murieron en este puesto, como halló enteros los que murieron en el Zape y llevaba consigo el mismo Gobernador en esta jornada; que no fué la postrera que hizo.

Murió pues, el Padre Juan Font á diez y nueve de Noviembre de mil seiscientos diez y seis años, en el pueblo llamado de San Ignacio del Zape, á manos de sus moradores, á quienes se juntaron los mismos que el día antes habían martirizado á los otros Padres en el pueblo de Santiago Papazquiaro, guiándolos y siendo como caudillo un indio apóstata, llamado Francisco de Oñate, al cual, por estar amancebado y con escándalo, con muchas mujeres, los Padres como párrocos propios, lo habían reprendido y dado buenos consejos. En pago de los cuales y principalmente á persuación de su falso ídolo, que decían que les hablaba, dieron la muerte á estos siervos y Ministros de Dios.

———o———

Descripción de los chínipas, tribu tarahumara.—Piden el Santo Bautismo los "Chínipas" y los "Guasaibos" ó Guazapares

AÑO 1610.

Los chínipas, pueblos situados en lo más alto del río del Fuerte, sabiendo la grande hambre que afligió por este tiempo á los sinaloas y otros pueblos vecinos, recogieron una gran cantidad de maíz, frijol y otras semillas, que vinieron á ofrecer gustosamente á los misioneros para el socorro de aquella necesidad, pidiendo que en recompensa fuesen á sus tierras á doctrinarlos en la fé. Con la esperanza de que en pasando las aguas se les daría gusto, partieron llenos de consuelo.

Dieron aviso al resto de la nación, y de común acuerdo, resolvieron abrir y allanar los caminos: redujéronse á cuatro pueblos, edificaron casa é iglesia, levantaron cruces por todas partes, y lo que no se había visto en otro alguno de los pueblos, ellos espontáneamente vedaron, bajo graves penas, que ninguno hiciese ni vendiese algún licor que embriagase.

A los chínipas se juntaron para esperar padre, otras rancherías de gentiles vecinos, que llamaban Huites, y que ya de antes habían pretendido ansiosamente lo mismo. Los guazapares, nación numerosa y que ya por dos ocasiones había bajado á tratar de su doctrina, repitió la misma diligencia aun con más vivas instancias por este mismo tiempo.

—

———o———

Reducción de los "Chínipas."—Ejemplo singular del cacique con motivo de un crimen.—Vocación de los Ohíos, Barohios, "Tenoris" y "Guazapares."—Muerte del H. Coadjutor Francisco Castro y su elogio.

AÑO 1627.

En Sinaloa se agregó al rebaño de Jesucristo la numerosa nación de los Chínipas. Ya desde el año de **1621**, el fervoroso padre Pedro Juan Castini había entrado á aquellos países, y dejando allí un hábil catequista de los sinaloas, que les fuese instruyendo en la doctrina, después de haber hecho paces entre esta nación y los guazapares, cuyo cacique Cabameai, pedía también con grande instancia el bautismo. Desde aquella primera entrada se habían bautizado como cuatrocientos párvulos, y los adultos hacían cada día nuevas instancias para tener la misma fortuna. Sin embargo de tan saludables deseos, ó porque juzgaron que todavía no les obligaba su pretensión para abstenerse de los gentílicos saraos y embriagueces, ó porque creyeron serles lícito despedirse de sus antiguos ritos con toda solemnidad, determinaron celebrar uno de aquellos bailes, con más ruido y mayor aparato que otras veces. En él, uno de los principales caciques, aturdido con la fuerza del licor, sobre un tenue motivo flechó á una parienta suya.

Volvió en sí, y reconocido de su crimen, que temía fuese motivo de retardar la entrada del padre en sus tierras, resolvió, irse á arrojar á sus pies. Ejecutó esto con tanto fervor y diligencia, que en solo un día anduvo un áspero y penoso camino, que era regularmete de tres jornadas. El padre Castini, compadecido de su ceguedad é ignorancia, y por otra parte, enternecido de su dolor y lágrimas, lo recibió con benignidad; pero, sin embargo, llevado del celo de reparar con una pública satisfacción aquel grave escándalo que podía viciar todo el te-